



EL SENDERO DIRECTO Y EL INDIRECTO

Publicado en Mayo de 1.928

C. Jinarjadâsa.

Hace treinta años recibí una visión de mi meta y del Sendero directo hacia ella. Todavía niño, tuve un medio sueño de la meta, como resultado del día en el que leí “El Idilio del Loto Blanco”. Todo lo que los hombres adoraban en Dios, vino a mí envuelto en la imagen de la reina del Loto Blanco que hay en el libro. Ello despertó lejanos recuerdos de vidas griegas; el de un niño que se dejó caer en éxtasis y adoración ante Palas Atenea, la reina de la Sabiduría.

Luego, a medida que mis sueños se tornaron más claros y mi corazón más lleno de amor por esta o aquella persona, justamente cuando empezaba mis estudios en el Colegio de Cambridge, la concepción platónica de los Arquetipos iluminó mi mente. De ahí nació una visión lejana del Arquetipo de arquetipos, a quien los hombres llaman el Logos de nuestro sistema. A esa lejana visión enlacé todas mis experiencias. Entonces, busqué en derredor alguna forma de consagración diaria, algún acto fácil de adoración con el cual pudiera destruir las realidades de pena y dolor, y contemplar cada vez más lo Eterno. Por algún tiempo me entregué a las maravillas de los Upanishads, y repetía a menudo la estrofa del Shvetashvarata que dice; “Sólo fluye El dentro de este universo, El es el fuego, El es quien llena el agua. Conociéndole a El, sólo a El, se trasciende la muerte. No existe otro sendero que hollar”. También conocí íntimamente, intensamente, la gloria y la exquisita maravilla de una frase de mi Jefa, la Dra. Besant, para mí la más potente, la más luminosa, la más inspiradora de todas sus afirmaciones; “Preferiría que me cegara la luz a permanecer voluntariamente en la penumbra o en la oscuridad”.

Finalmente, encontré la forma que deseaba en unos versos de S. Pablo de Frederick Myers:

**Estrella de la mañana, nace y manifiéstate en mí
en profundidad y resplandor.
Y tú, Espíritu, inunda mi alma, renuévame
lleno de ti, y que se aleje todo lo demás.**

Diariamente, durante muchos años, fue éste mi único culto cotidiano. Y los pocos segundos que yo necesitaba para decir suavemente estas palabras, encerraban mil años de adoración.

De nuevo vino a mí la Luz por medio de aquel heraldo del Gran Maestro que fue John Ruskin. Estaba yo en Ceilán, alejado de todo cuanto significaba vida para mí. En todos los correos me llegaba desde América, volumen tras volumen, obsequio de mi hermano de una vida anterior, C. W. Leadbeater, que a la sazón trabajaba en aquel continente en la obra de este escritor. Palas Atenea llenó el corazón del niño griego, resucitó otra vez, deslumbrando, ardiendo la mente. Y de nuevo, apareció claro el sendero. “Esto es lo que yo sé, esto es lo que yo sé”, era mi grito a medida que leía, una tras otra, las páginas de Ruskin.

Fácilmente llegó luego una nueva etapa. Mi amigo W. H. Kirby, quien es músico y artista hasta la punta de los dedos, descubrió ante mí la gloriosa visión de los sueños de Wagner. Con paciencia y entusiasmo me enseñó a comprender el lado musical de Wagner. Inmediatamente capté su aspecto filosófico, pues ¿qué griego que amó a Esquilo no aclamaría con deleite su sucesor?

Otra artista exquisita, de fina imaginación y con el fuego de una gran mente creadora, desplegó para mí dos visiones gloriosas, la de Dante y la de los pintores italianos de las escuelas ‘primitivas’. Fue, María Luisa Kirby quien me enseñó, además, lo que el verdadero lenguaje es como arte.

Algo después, hice mi primera visita a Alemania, al festival de música de Wagner en Munich, donde vi, por primera vez, lo grande que es el drama, tanto como no lo hubiera sospechado nunca, después de ver las futilidades de la ópera italiana. Oí completo, el ciclo de la Tetralogía, de la cual sólo conocía “El Oro del Rin”. Siempre recordaré la primera vez que escuché los acordes iniciales de la referida ópera, cuando una joven italiana, ejecutando con sonrisa altanera unos cuantos compases, dijo; “¡Y así sigue y sigue páginas y páginas!” y yo exclamé dentro de mi mente y de mi corazón; “Pero esa es la verdad”. El tercer día de la Tetralogía, mientras escuchaba a Sigfrido, hubo un momento en que el mundo se desvaneció y todo fue cielo a mi alrededor. Ocurrió cuando Brunilda, ya despierta, contesta así a la impetuosidad de Sigfrido:

**Ewig war ich,
Ewig bin ich,
Ewig in süss schnender Wonne,
Doch ewig zu deinem Heil!**

- - -

**Siempre fui,
Siempre soy,
Siempre en dulce raptó anhelante,
¡Siempre por tu bien!**

Y desde entonces, cuando oigo ese exquisito motivo (que Wagner emplea luego para construir el Idilio de Sigfrido) todo lo de aquí abajo se desvanece y ya sólo veo la ‘cumbre de la montaña’, como dice Krishnamurti.

Pero hubo aún otra etapa, aquella en que todo este cielo descendió a la Tierra, destrozando todas las cosas, transformando y glorificando todas las cosas, confundiendo la pena y la alegría en una misma Crucifixión y Resurrección.

Yo he visto, pues, la meta. Sin embargo vagando sigo aquí abajo, miembro de la ST, miembro de la EE, francmasón, ofreciendo flores en todos los altares, participando de la Santa Comunión en las iglesias de la ICL. ¿Qué necesidad hay de todo esto para mí que he visto, que he conocido la maravilla del fin, para mí, que desde el principio del tiempo estuve consagrado a ese fin, el mismo que Brunilda canta en la canción?

Si yo predicara el recto sendero, mis labios estarían emitiendo simples palabras, no la verdad, como los labios de Krishnamurti. Porque yo estoy donde están los hombres, los millones de hombres. Yo sueño todavía los sueños de sus pequeños cielos. Aún me inspiran quienes marchan por el sendero indirecto; participar con ellos en sus pequeñas alegrías y angustias, siempre equivale para mí, a ver más claramente mi Meta.

Mas, ¿necesito marchar junto a ellos, yo que puedo llegar más allá, y con un pequeño esfuerzo podría liberarme para siempre, ser uno con mi Sueño de sueños? Yo que puedo ser libre, quiero el trabajo penoso, porque no existe para mí la liberación mientras aquellos a quienes amo no sean liberados. Las cadenas que a mi me atan no son ya cadenas, porque yo no busco la Liberación, sino liberar a los demás. Sé que no puedo hacerlo para ellos fácilmente, totalmente, como El, si lo intentara fracasaría, porque no marchó continuamente sobre el sendero, sino en ciertos momentos, desviándose de él una y otra vez. En mi sueño de ayudar a otros, con gratitud acepto mi triunfo parcial de hoy. Pero loado y venerado sea El que realiza hoy, para otros, lo que yo espero hacer algún día.

0

0 0